

Muerte y Pasión en "Tristan e Isolda"

por Israel Peña

Cuando la llama de un amor insensato os abrasa, cuando el pulpo de la pasión os tiene presos en sus tentáculos y sentís succionados a su voracidad alma y cuerpo, sangre y nervios, perdidas la libertad y la paz en esa especie de prisión infernal, encontraréis a la fuerza una sola salida que os libre de esta agonía peor que la muerte: la muerte misma, la liberación definitiva, el punto final de vuestro destino.

Tal debió pensar Wagner al escoger la epopeya de *Tristán* como asunto para la ópera en la cual una música sublime, de incomparable y apasionado lirismo, iba a liberar su corazón de una pasión culpable. No quiero mencionar otra vez la historia que en estos días, y debido a la presentación en Caracas de "*Tristán e Isolda*", se ha hecho ya familiar a todos y a cada uno de nuestro público. Esa historia podría sucederle a cualquier hombre. Pero se trataba de Ricardo Wagner, quien era algo o mucho más. Historias de igual indole, ocurridas entre gente corriente, suelen acabar, como diría con descarado realismo Eca de Queiroz, "en un beso o un bostezo". Pero la historia de amor entre Ricardo Wagner y Matilde Wesendonk — proyectada sobre la vieja leyenda medioeval que corriera en luengas estrofas juglarescas por el norte, centro y sur de Europa en épocas ya lejanas — dejó al arte de todos los tiempos una obra lírica de contornos maravillosos, amada con la pasión de dos amantes fallidos, arrancados de su objetivo amoroso por un sentimiento de renuncia suprema que en el drama sólo encuentra una equivalencia de muerte. —*Liebstd*—, la muerte por amor.

"*Tristán e Isolda*" nos ofrecen, pues, sobre un fondo denso de poesía y de música, en intrincado lazo, el amor y la muerte. Su fusión es tan estrecha que no puede concebirse el uno sin la otra, presentándonos a simple vista la idéntica apariencia que para los teósofos ofrecen el cuerpo físico y el cuerpo astral. Esta dualidad trágica envuelve la obra entera en un lirismo exasperado, que sólo un espíritu titánico sería capaz de sostener. Pero su reflejo en la simple

naturaleza humana es de un efecto extraordinario. Da al hombre cuya alma no sobrepasa las dimensiones naturales la ilusión de alcanzar una grandeza semejante, o mejor dicho da a la pasión humana el sentido y el límite de su propia medida, reduciendo en sí misma la grandeza del titán. Fenómeno que puede sobrevenir en la admiración no sólo de ésta, sino de cualquier otra obra genial, plástica o poética. De lo contrario el concepto del genio sólo podría alimentarlo el genio mismo, perdiendo por lo tanto el hombre corriente la idea palpable del hombre superior, único eslabón visible entre él y la divinidad.

"*Tristán e Isolda*" vienen, pues, a ser, agigantados, el hombre y la mujer frente al amor imposible que sólo tiene su solución en la muerte, en la unión pura de los espíritus en el más allá. Si nuestra carne débil no se adapta por lo general en la práctica a este renunciamiento que únicamente el verdadero culto del alma suele inspirar, comprende al menos la hermosura inmaterial del gesto, el amoroso y heroico lirismo del sacrificio, del suicidio purificador. No nos atreveríamos a tomar por modelo a estos amantes que sólo en la posible bienaventuranza de otra vida encuentran su salvación. Nos lo impide un paganismo instintivo, alimentado en el amor a lo bello en todas sus manifestaciones, físicas y espirituales. Nos seduce también la idea de lo perecedero, de esa línea ondulante de los cuerpos que van pisando sin saberlo hacia el abismo de su propio sueño, sonriendo entre tanto a la vida y al sol. Nos seduce este desinterés casi espiritual por la ética de los espíritus que colocan a la belleza por encima de la moral. Pero en "*Tristán e Isolda*" el deleite ha sido elemento esencial del sueño amoroso, el ideal exaltado hasta el delirio aun en el momento de la muerte, el dios cuya posesión por inalcanzable asume facultades divinas. En su renuncia está el dolor de lo que podría gozarse con el hermoso goce humano que da el ser y que florece en existencias nuevas haciendo de la naturaleza y del hombre un vaso eterno de delicias y de angustias que constituyen la vida misma, la lucha del placer contra el dolor, la inacabable batalla del amor contra la muerte.

“*Femme*”



el nuevo perfume
Marcel Rochas